

## Ausencias recobradas

El escritor mexicano Héctor Aguilar Camín reconstruye el encuentro con su padre tras 36 años de ausencia en una crónica familiar que es un disparadero emocional

Por Marcos Giralt Torrente

**MEMORIAS.** HAY EN ESTA crónica familiar unas páginas bellísimas, esas que narran el encuentro entre el autor y su padre tras 36 años de no verse ni saber el uno del otro, 36 años en los que el primero ha dejado de ser el muchacho universitario que era en su último encuentro y ha hecho una vida entera y feliz, mientras que el segundo —un soñador carente de nervio— parece confirmar con su lastimoso modo de vida el errático trayecto vital al que el rencor conjetural del hijo lo había condenado en castigo por sus años de inexplicable ausencia.

La raíz dramática de la escena la ejemplifican a la perfección estas líneas: "No reconozco nada en él. Pienso por un momento que es el chófer o el ayudante de mi padre que viene a mi encuentro para llevarme a él. Pero es mi padre en cuerpo y alma, un padre idéntico a la ciudad donde lo he puesto a vivir todos estos años: la ciudad fantasmal donde lo tiene atrapado, en venganza por su ausencia, mi cabeza. Aquí está frente a mí, reaparecido después de estos años, aunque no sea él ni sea yo quienes nos encontramos realmente en la posada oscura, sino nuestros fantasmas recíprocos, el del padre que fue y el del hijo que fui, tratando de tocarse en las sombras".

¿Es explicable la ausencia de un padre? No siendo imponderables —una guerra o la locura amnésica, por ejemplo—, pueden buscarse por parte del hijo en el padre razones psicológicas, vitales o de carácter que ayuden a entender el abandono, pero siempre quedará un resquicio, por pequeño que sea, de incompreensión, un aun así imborrable que sólo zanjará sentimentalmente —y no de otro modo— el perdón. No se trata tanto de perdonar



El escritor mexicano Héctor Aguilar Camín, en México DF. Foto: Saúl Ruiz

para quedar en paz y seguir viviendo, que también: es sobre todo perdonar para recuperar al padre que ha marcado con su ausencia el devenir del hijo. El hijo ha penado esa ausencia, se ha construido contra ella, pero suele ser mayor la fuerza de la añoranza que la del resentimiento.

Ese fue el caso de Héctor Aguilar Camín (México, 1946) y lo cuenta en la última parte de *Adiós a los padres* tejiendo silencios más que palabras, los silencios del hijo que acepta el re-

greso desvalido del padre sin apenas pedir explicaciones, un hijo cauteloso y desprendido que no exige cuentas, sino que se limita a socorrer al padre y acompañarlo mientras en los intersticios de los tiempos perdidos coloca al despiste las preguntas tímidas cuyas respuestas —espera— le permitan comprender.

Naturalmente, la visible derrota del padre juega a favor del interesado perdón del hijo, y la pregunta de cómo habría actuado éste de no ser tanta la penuria de aquel queda en suspenso, sin maniqueísmos, hasta que rondando ya el estricto final del libro nos enteramos de que la versión del abandono más o menos neutra, tejida cómplice entre las calladas y medias verdades de uno y el deseo de perdonar del otro, tan sólo es la que mejor convenía a ambos a la hora del reencuentro y no la verdadera.

El padre ha sido feliz a su modo y simplemente ha acudido al hijo cuando de ello dependía su supervivencia. ¿Anula esta revelación súbita el perdón ya otorgado o se limita a postergarlo temporalmente? La respuesta no está en el libro porque su conclusión deja el conflicto irresoluto. ¿Pueden desearse dos cosas antagónicas a la vez con idéntica intensidad? ¿La cobardía o el egoísmo son una prueba irrefutable de desamor hacia aquellos a quienes perjudican? La historia de Camín con su padre es un disparadero emocional de intempestivas encrucijadas.

En otras zonas del relato, en cambio, se conforma con el acopio de peripecias familiares, y hay personajes medulares, como la madre, que inexplicablemente renuncia a cuestionar. No importa. Nos basta. La luz —ya sabemos— brilla en la oscuridad. •

## Para saber si tengo gripe

Por Enrique Costas Lombardía

**ENSAJO.** A LO LARGO de un mes, de cada 1.000 personas hay unas 800 que tienen síntomas de algún problema de salud. Sólo 13 personas acaban en urgencias. Algunas personas utilizan las urgencias en exceso y otras en defecto, pero es un punto cardinal de la organización sanitaria que las personas tengan capacidad para "filtrar" apropiadamente los síntomas que perciben de forma que consulten sin arbitrariedad. La expropiación de la salud es el proceso que medicaliza la vida hasta el punto de llevar a consultar todos los problemas pues las personas pierden su capacidad de discriminar. La expropiación de la salud fue profecía de Iván



**La expropiación de la salud**

Juan Gervas y Mercedes Pérez-Fernández

Los Libros del Lince  
Barcelona, 2015  
248 páginas  
20 euros

Illich. Profecía cumplida, como demuestran los autores del libro. Utilizan de ejemplo el uso irracional de las urgencias en las epidemias de gripe. Se acude a las urgencias: "Para saber si tengo gripe, tengo todos los síntomas, pero ¡no soy médico...!". El sobreeso no es baladí, tiene consecuencias en el propio paciente y en los demás, pues compete con los que precisan atención urgente. Por aclarar dudas se retrasa la atención de pacientes con infarto de miocardio, por ejemplo. Este ejemplo demuestra que la población ha sido expropiada de los conocimientos que retenían prudentemente en el domicilio los cuidados apropiados para los catarros invernales.

Los autores utilizan casos clínicos novelados para demostrar el impacto de la expropiación en la salud, en la vida y en la sociedad. Cubren todos los campos, desde el embarazo a la muerte, desde la salud mental al proceso diagnóstico, de forma que el libro resulta útil para legos y profesionales pues ayuda a adoptar una actitud de pensar y racionalizar el uso de los servicios sanitarios. •

## Guillotina con hielo

Fred Vargas huye de lo fantástico, pero en su nueva novela, que narra una cadena de asesinatos, cultiva lo irreal

Por Justo Navarro

**NARRATIVA.** SEUDÓNIMO DE FRÉDÉRIC AUDOIN-ROUZEAU, arqueozoóloga estufo de la peste, Fred Vargas (París, 1957) trama en *Tiempos de hielo* una cadena de asesinatos que parecen obra de un solo autor: como es habitual en las novelas de Vargas, el asesino deja en el crimen su firma, aquí cuatro líneas, una guillotina quizá, primera pista hacia el culpable. Vargas presume de eludir lo fantástico, pero cultiva lo irreal ateniéndose a la razón. En sus historias recurre a vampiros, o al hueso del corazón del ciervo, ese amu-

leto de hechicera que también figuraba en la botica brujeril de la Celestina, o, ya en *Tiempos de hielo*, al espíritu guardián de la piedra que concede vida eterna. Vargas ha inventado su propio género: el fantástico-criminal.

Tiene una imaginación de raíz fabulosa. Su escuadra policiaca incluye un enfermo de narcolepsia, un individuo de pelo bicolor como un leopardo absurdo, un gato que alguna vez ejerce labores detectivescas y vive enamorado de una teniente forzada. El jefe, el errático comisario Adamsberg, no usa un reloj, sino dos, y los dos están parados. Le da la hora



**Tiempos de hielo**

Fred Vargas

Traducción de Anne-Hélène Suárez Siruela  
Madrid, 2015  
344 páginas  
19,95 euros

el comandante Danglard, padre solitario de cinco hijos, un sabelotodo enciclopédico que complementa a la perfección la intuición pura del comisario.

Estos defensores de la ley ahora se enfrentan al choque de dos universos: una expedición perdida en las inmediaciones islandesas del Círculo Polar Ártico y un club parisiense devoto de Robespierre. En el hielo hubo dos asesinatos y un pacto de silencio entre 10 supervivientes, y, 10 años

después, cuatro asesinatos más en París. Los últimos muertos pertenecieron a la expedición y al club robespierrero. Si los crímenes se relacionan con Islandia, los candidatos a culpables o futuras víctimas serían media docena de desconocidos. Serían 700 si el nexo es el club.

Entre el cuento de hadas y la mascarada con pelucas del siglo XVIII nos esperan una torre maldita, una bruja o un hada fumadora que convive con un jabalí en el bosque, un ogro que mata a sus súbditos pero también se preocupa de alimentarlos con piezas de caza, un Robespierre reencarnado, la conmoción del abrazo entre dos que descubren de pronto que son hermanos. La irrealdad flagrante deja una impresión de maravilla y al mismo tiempo de cotidianidad, de crónica real de los efectos corrosivos que produce en las convenciones sociales el horror a morir, mientras se nos concede el placer de saber que todo ese submundo criminal es puro cuento. •